



Límite

ISSN: 0718-1361

revlimite@uta.cl

Universidad de Tarapacá

Chile

Rosell Traver, Sergi

La epistemología contemporánea: entre filosofía y psicología

Límite, vol. 3, núm. 17, 2008, pp. 53-76

Universidad de Tarapacá

Arica, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83601703>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA EPISTEMOLOGÍA CONTEMPORÁNEA: ENTRE FILOSOFÍA Y PSICOLOGÍA

*CONTEMPORARY EPISTEMOLOGY: BETWEEN
PHILOSOPHY AND PSYCHOLOGY*

Sergi Rosell Traver*

Universidad de Valencia
Valencia-España

*Recibido 4 de diciembre 2006/Received december 4, 2007
Aceptado 14 de mayo 2007/ Accepted may 14, 2007*

RESUMEN

En este artículo se revisan los problemas que contemporáneamente han centrado el debate en epistemología, atendiendo principalmente a los puntos de mayor contacto entre filosofía y psicología. En concreto, tras referirme brevemente a las disputas entre fundamentismo/coherentismo y internismo/externismo y al reto escéptico, me ocupo con detenimiento de las dos fuentes principales de conocimiento: la percepción y la inducción, elementos con especial interés en relación al vínculo entre filosofía y psicología. En la parte final se discute la propuesta quiniana de naturalización de la epistemología, rechazando su versión fuerte.

Palabras Clave: Epistemología, Psicología, Justificación, Percepción, Inducción, Naturalización.

* Departamento de Metafísica y Teoría de Conocimiento. Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. Universidad de Valencia. Blasco Ibáñez, 30. C.P. 46010. Valencia. España. E-mail: sergi.rosell@uv.es

ABSTRACT

This paper surveys main contemporary problems in epistemology, paying special attention to those topics in connection with philosophy and psychology. In particular, after briefly referring to the fundamentalism/coherentism and internalism/externalism disputes and to the skeptical challenge, I focus on the two main sources of knowledge: perception and induction, especially important for the aim of keeping philosophy and psychology in touch. In the last section I also discuss the Quinian proposal of naturalization of epistemology, rejecting the strong version of it.

Key Words: *Epistemology, Psychology, Justification, Perception, Induction, Naturalization.*

INTRODUCCIÓN

Si bien académicamente filosofía y psicología constituyen dos disciplinas claramente diferenciadas, también es verdad que hay una gran área en la que sus objetos de estudio coinciden. Sin embargo, ninguna de ellas parece prestar la suficiente atención a la otra; ni en relación a la manera en que la otra aborda las mismas cuestiones, ni en relación a los resultados que obtiene. En particular, creo que un buen conocimiento del estado de la cuestión en epistemología podría ser de gran utilidad para la psicología, que a menudo basa las hipótesis de sus investigaciones en preconcepciones poco elaboradas o en presupuestos filosóficos excesivamente ingenuos. Prestando atención a los últimos desarrollos de la epistemología filosófica, la psicología científica puede enriquecerse y ahorrarse muchos esfuerzos baldíos. Por otro lado, también la epistemología tendría mucho que ganar si atendiese más a los resultados experimentales de la psicología. Aquí, no obstante, sólo puedo ocuparme de lo primero. Ofrezco, pues, una modesta guía de los problemas tratados por la epistemología analítica de las últimas décadas (recurriendo a los antecedentes clásicos, cuando sea necesario). Me centro en los principales debates, las posiciones en liza y el resultado de las disputas. En primer lugar,

me refiero brevemente a las disputas fundamentismo/coherentismo, internismo/externismo y a la lección que podemos sacar del perpetuo acecho del escéptico. A continuación, me ocupo con más detenimiento de las dos fuentes principales de conocimiento, cuestión de especial interés para la conexión entre filosofía y psicología: la percepción y la inducción. Finalmente, discuto la propuesta de W.V.O. Quine de naturalización de la epistemología, esto es, la posibilidad de convertir la epistemología, hasta ahora filosófica, en un *capítulo* de la psicología.¹

1. CUESTIONES CENTRALES EN EPISTEMOLOGÍA

La epistemología, o teoría del conocimiento, contemporánea ha encontrado grandes dificultades en su pretensión de establecer una definición, en términos de condiciones suficientes y necesarias, de conocimiento. Se pensó que era imprescindible empezar postulando una definición de conocimiento que delimitara el alcance del término. Así, y recurriendo a la definición tradicional que diera Platón en su diálogo del *Teeteto*, según la cual el conocimiento es la “creencia verdadera justificada”, la tarea epistemológica ha tratado de definir con la mayor exactitud posible cada uno de estos elementos (creencia, verdad y justificación), con la meta de otorgarle a la definición la tan deseada completitud. La *creencia* ocupa el lugar central en la definición clásica. No podemos saber aquello que no creemos. Este punto parece ser el menos problemático. No así la cuestión de la *justificación*, que se ha convertido en el elemento fundamental del conocimiento, y también de disputa entre los epistemólogos. La justificación tiene que permitirnos afirmar con cierta seguridad cuándo sabemos y cuándo no sabemos. La justificación viene con las razones para creer algo, requisito ineludible para que cualquier “creencia” pueda ser considerada conocimiento.

¹ Por supuesto, hay otros puntos de contacto no menos interesantes entre filosofía y psicología. Desde el lado de la filosofía, son especialmente relevantes a este respecto la filosofía de la mente, la filosofía de la acción y la psicología moral. Caso aparte es el de la propia filosofía de la psicología.

Se han elaborado, por lo menos, las siguientes teorías de la justificación. El *fundamentismo* es la concepción más tradicional, que afirma que hemos de partir de unas creencias básicas, que gozan de un estatus epistémico más fuerte, y partir de las cuales se siguen el resto de las creencias. Las ideas *claras y distintas* de Descartes o las *oraciones observacionales* de Carnap son ejemplos de creencias básicas justificadas independientemente del resto de creencias. La verdad se transferiría deductivamente de las creencias básicas a las derivadas. Esta teoría, sin embargo, se enfrenta al peligro de caer en el círculo vicioso y el regreso al infinito. Por otro lado, el *coherentismo* afirma que todas las creencias están al mismo nivel y que las relaciones de justificación son multidireccionales. Para esta concepción, la justificación de una creencia consiste en el hecho de formar parte de un conjunto coherente de creencias; con lo cual se rechaza el privilegio de unas supuestas “creencias básicas”. Se elude, de este modo, los problemas de la circularidad y el regreso al infinito; pero aparecen nuevas dificultades. El diálogo y las críticas mutuas entre ambas teorías han repercutido en una matización tanto del fundamentismo como del coherentismo. Así, se ha defendido un fundamentismo *moderado*, que renuncia a la infalibilidad de las creencias *prima facie*; llegando incluso algunos fundamentistas a defender que las creencias básicas precisan también de cierta justificación, con lo que contribuirían a un sistema coherente de creencias. Por su parte, en el coherentismo se ha introducido la distinción entre certeza lógica y certeza psicológica, por la cual se acepta la inmediatez psicológica de las creencias perceptivas (con un nuevo estatus privilegiado, pues, a la manera del fundamentismo). Es así como el mismo desarrollo del debate ha derivado hacia la confluencia de teorías. La imagen amplia predominante sería algo así: un sistema coherente de creencias, entre las cuales podemos distinguir algunas que son inmediatas en su aprehensión, mientras que la gran mayoría se relega a la mediatez de ser justificadas por el sistema coherente y por las otras creencias más básicas, que a su vez también han de adecuarse a

la coherencia del conjunto. No obstante, el consenso final está lejos de ser alcanzado.

Una representante destacada de la confluencia de posiciones es Susan Haack (1993), quien ha defendido lo que llama *fundherentismo*. Para esta teoría, la experiencia del sujeto es relevante para la justificación de sus creencias empíricas, pero no es necesario que haya una clase privilegiada de creencias empíricas justificadas exclusivamente por la experiencia; otras creencias también aportan apoyo a su justificación. La justificación envuelve, así, muy diversas relaciones de apoyo mutuo, que Haak ilustra con la metáfora del *crucigrama*. Creo que éste puede ser un buen punto de arranque o apoyo para diversas investigaciones psicológicas, y ello tanto por tratarse de una posición que busca el consenso, como por su misma naturaleza pragmática.

Por otro lado, dentro de la misma teorización acerca de la justificación, y además de la polémica entre fundamentismo y coherentismo, encontramos la disputa entre internismo y externismo. Cabe advertir que la misma distinción es problemática. El externismo afirma que la justificación se caracteriza por la relación entre la creencia y el mundo. La justificación sería cuestión de un correcto ajuste entre el ambiente y los mecanismos (procesos cognitivos y prácticas intelectuales) de adquisición de creencia; y el ajuste es correcto si tiene la tendencia a producir creencias verdaderas y a no producir creencias falsas. La ventaja de esta postura es que supone un revulsivo del planteamiento clásico y permite atribuirle conocimiento a alguien que no se lo atribuye a sí mismo. El internismo, por el contrario, considera que es condición que el sujeto conozca, o pueda acceder, a los factores necesarios de justificación epistémica de una creencia. Es la postura clásica de la fundamentación del conocimiento —que, ni qué decir tiene—, da una gran ventaja al escéptico. Una motivación para el internismo es que no puede exigírsele al sujeto que para estar justificado tenga en cuenta factores que están fuera de su alcance.

Estas dos posiciones, como en el caso anterior, se han ido flexibilizando. El externismo impuro ha interiorizado la justi-

ficación al nivel de accesibilidad humana. Pero, se le reprocha aun que deje fuera el requisito básico de la racionalidad o responsabilidad del sujeto a la hora de buscar razones que le lleven a la verdad (a la meta cognitiva). Así, no adoptamos creencias sin razones y, cuando las adoptamos, si olvidamos las razones, seguimos teniendo una razón para creer: cuando adoptamos la creencia teníamos razones. El internista, por su lado, no dice que el sujeto sea la máxima autoridad, sino que deben darse unos cánones objetivos; pero si una razón está fuera del alcance del sujeto, no cuenta, y la creencia continúa estando justificada. El internismo favorece la intuición de que el sujeto ha de tener buenas razones para creer.

Ante este escenario, parece indecible cuál de las dos posturas es la más recomendable. El problema parece residir en el hecho de que hay más de un concepto operando tras el término “justificación”; confusión que ha llevado al *impasse* actual. Por un lado, hay un sentido que apunta a la reglamentación de las prácticas cognitivas de un sujeto, a la creencia responsable. Por el otro, el término justificación tiene además el sentido de conectar conocimiento y mundo. En este escenario, afirman algunos, la noción de justificación se ha vuelto impotente para resolver las diferencias entre internistas y externistas. No obstante, también se han aventurado soluciones mixtas basadas en la distinción entre “justificación deontológica” y “justificación objetiva”.

La *verdad* era otra de las condiciones necesarias para el conocimiento. Para poder decir que sabemos, hemos de tener una creencia justificada y, a su vez, verdadera. La verdad es un elemento al margen de la epistemología; es una entidad ontológica común a todos y, por ello, independiente al individuo. La verdad debe ir acompañada de una confirmación para la experiencia sensible, que es la que nos da la primera impresión en el camino hacia el conocimiento seguro. La experiencia adquiere, así, su verdadero valor: tiene que constituir la evidencia básica para el conocimiento y ser impedimento del *regressum ad infinitum* de la justificación. Y la misma experiencia se ha de adaptar también al resto de las creencias, contribuyendo a la coherencia del conjunto.

La percepción, como fuente primaria de conocimiento, es de especial interés en la relación entre filosofía y psicología, por lo que dedicaré la siguiente sección a esta cuestión. Pero antes de pasar a ello, he de referirme a la que ha sido preocupación principal de la epistemología: el reto escéptico.

El escéptico ha sido y es el gran enemigo a batir de la empresa epistemológica a lo largo de toda su historia. Parece que hay que comenzar vencéndolo para poder fundar un conocimiento sólido, ya que su mera presencia amenaza con hacer fracasar todo el edificio del conocimiento. Sin embargo, el tiempo ha mostrado que no puede ser lógicamente vencido, aunque sí anulado: no necesitamos un conocimiento con un fundamento absoluto. Por otro lado, el escepticismo no es más que un supuesto –y esta es la esencia de su fuerza– que, en todo caso, no cambia nada, pues nuestra experiencia vital cotidiana nos reafirma que lo que experimentamos es real y bien real. Se le puede anular, pues, postulando “creencias vulgares de raíz biológica”, como hace Ernesto Sosa (1991), o rebatiéndolo en virtud de la *imposibilidad psicológica* de creer realmente que todo pueda ser falso.² Hay, sin embargo, un escepticismo modesto, interno a nuestras creencias, parcial, crítico con la falta de rigor, la prisa en establecer conclusiones y el dogmatismo, que es un gran aliado de la epistemología. El escéptico lo encontraremos cuando hablemos de la percepción –su refutación es el móvil principal del fenomenismo, y también de la teoría causal–, y de la inducción, sobre todo en Hume.

Finalmente, cabe destacar, como he empezado diciendo, que durante muchos años los epistemólogos consideraron fundamental dar una definición de conocimiento y una explicación de la justificación que acotaran las condiciones necesarias y suficientes para el conocimiento (inclusión de todas las situaciones de conocimiento sin excepción, y exclusión de cualquiera que no lo fuese). Pero estos intentos fracasaron; ninguna definición, por elaborada que sea, ha obtenido la completitud deseada. Parece

² Blasco, J. L. & Grimaltos, T. 2004.

que tendremos que poner nuestras esperanzas en una solución caracterizada por la combinación de distintas definiciones. El conocimiento descansa, pues, sobre arenas movedizas: el escéptico, la incompletud de la definición de conocimiento y la disputa acerca de la justificación.

2. LA PERCEPCIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA EPISTEMOLOGÍA

La percepción es la fuente más directa de conocimiento. Es la materia prima del conocimiento, que después tendrá que ser elaborada. Sin embargo, este papel de base firme no está tampoco libre de problemas. La percepción es problemática en relación a su justificación: hay cosas que se nos aparecen como verdaderas en la experiencia cotidiana y resultan ser falsas, o también puede suceder que cosas verdaderas se nos aparezcan como falsas. Es éste uno de los puntos favoritos del escéptico, que basa en gran medida sus argumentos en el error de los sentidos.

Son diversas las explicaciones de cariz epistemológico que se han elaborado sobre la percepción. Podemos sistematizarlas todas en tres posturas diferenciadas: el fenomenismo, el realismo indirecto (o teoría causal) y el realismo directo. Aunque una clasificación más completa exigiría comenzar con una gran distinción entre realismo y antirrealismo perceptivo; donde el primero incluiría a realismo directo y realismo indirecto, y el segundo a fenomenismo e idealismo. Tanto el realismo directo como el indirecto se subdividen en científico e ingenuo, cosa semejante sucede con el fenomenismo e idealismo, distinguiéndose ambos, a su vez, en eliminativo y reductivo.³ A continuación, me ocuparé de los tres tipos principales referidos en primer lugar, así como de algunas de sus variaciones, para dar cuenta del amplio abanico de posiciones. Trataré también de enfrentarlas.

³ Ver Dancy 1993, p. 183.

El fenomenismo es la teoría de la percepción surgida del fundamentalismo clásico de cariz empirista; es, por lo tanto, una teoría que se formula con la pretensión de afrontar seriamente el reto escéptico, intentando refutarlo demostrativamente. Como fundamentalismo puro parte de la existencia de unas creencias básicas que serán fundamento del edificio del conocimiento –por decirlo con la metáfora cartesiana–, y desde ellas se deducirá el resto. Al ser de carácter empirista, el fenomenismo busca estas creencias básicas en la experiencia. Ante la variabilidad de la aprehensión del mundo, el error perceptivo, el engaño de los sentidos, que se manifiesta en ilusiones, alucinaciones, la indistinguibilidad del sueño y la vigilia, etc. –elementos tan recurridos del escepticismo–, el fenomenismo apela a la experiencia privada y postula unos objetos directos de la percepción que han sido llamados de distintas formas, principalmente: “ideas”, entre los modernos, y datos sensibles o *sense data*, contemporáneamente. El elemento principal que define el fenomenismo es la idea de que no percibimos directamente las cosas mismas, sino nuestras mismas percepciones, que lo son de supuestas cosas, que pueden o no corresponderse con cosas reales.

Se distingue, a menudo, entre fenomenismo e idealismo. George Berkeley, en sus *Principios del conocimiento humano* (en especial, secc. I-xxviii), profesaba un “idealismo metafísico”, por el cual los objetos físicos reales son sólo conjuntos de ideas, que no pueden existir más que en una mente que los perciba: *esse est percipi*. Hasta aquí, sería más bien un idealista que un fenomenista. Pero con la postulación de un Dios preceptor permanente de todas las ideas posibles, acabó afirmando que los objetos físicos pueden existir sin ser percibidos, conclusión conducente al fenomenismo. El fenomenismo es más flexible y más verosímil que el idealismo: los datos físicos no cesan de existir cuando no son percibidos, por bien que puede que el idealismo sea más consecuente. John Stuart Mill defendió el fenomenismo afirmando que sólo podemos referirnos a las sensaciones, y nunca a los objetos; el discurso que parece referirse al mundo físico se

refiere realmente a sensaciones. Repitió que las cosas son sólo conjuntos de regularidades objetivas de sensaciones humanas, pero añadió que no sólo de datos sensibles actuales, sino también de *sense data* posibles; con lo cual vino a defender que las cosas físicas están constituidas en su mayor parte por cosas inexistentes. (En adelante hablaré de fenomenismo para referirme al conjunto del antirrealismo, incluyendo al idealismo).

El gran problema del fenomenismo era que convertía la realidad física en entidades absolutamente efímeras y privadas. Ya en el siglo XX, los integrantes del Círculo de Viena quisieron deshacerse de estas consecuencias indeseables, abandonando las implicaciones ontológicas, pero manteniendo lo esencial. El antiguo empirismo fenomenista les proporcionó un criterio exacto de significación cognitiva: un enunciado es cognitivamente significativo si es traducible a un enunciado sobre sensaciones. Todos los términos de objetos físicos tenían que poderse convertir (traducir) a términos de *sense data*. El problema es que, como dice Putnam,⁴ o bien la noción de “traducción” es muy vaga, o bien los propios enunciados de la ciencia dejan de satisfacer este criterio de significación cognitiva. Asegurarnos de la verdad de un enunciado en términos de objeto físico supondría construir todos los enunciados sobre todos los *sense data* posibles de este objeto. Pero, si no se puede deducir el enunciado sobre el objeto a partir de ningún número finito de datos sensibles, tampoco ningún enunciado sobre datos sensibles es necesario para la verdad de un enunciado de objeto físico.

Por otro lado, encontramos las teorías realistas, entre las cuales hay que diferenciar claramente el realismo indirecto (o teoría causal) del realismo directo. El primero tiene más en común con el fenomenismo que no con el realismo directo. En la versión clásica, la teoría causal de la percepción comparte con el antirrealismo la postulación de los *sense data*. Para comprender la teoría causal, hay que tener en cuenta la distinción

⁴ Putnam, 1988, p. 181.

tradicional entre cualidades primarias y cualidades secundarias. Los científicos del siglo XVII introdujeron esta distinción, que después adoptarían los filósofos, por la que se considera que los objetos sólo poseen realmente cualidades cuantificables, esto es, cualidades mensurables matemáticamente. Éstas constituyen las llamadas cualidades primarias. Las cualidades secundarias, por su parte, tienen la potencia de causar ideas en el receptor, pero no están en el objeto. Se trata de una distinción, perfeccionada por John Locke, que pronto creó escuela. La teoría causal se apoya en esta distinción. Sin embargo, Berkeley la negó, generalizando la forma de las cualidades secundarias a las primarias, con lo que llegó a la negación de la existencia de las cosas mismas, como hemos visto. Y el realismo directo también la negará, pero en este caso para afirmar la realidad de todas las cualidades (generalizando las primarias).

El realismo indirecto, o teoría causal o representacionismo, de la concepción de la percepción afirma que los objetos físicos tienen sólo cualidades primarias, causantes de los *sense data* que percibimos, y que nos hacen inferir la existencia de cosas materiales como causa. Esta doctrina tiene como gran problema el crear un abismo entre el sujeto conocedor y la realidad física, ya que nunca podemos conocer la realidad tal y como es, pues sólo tenemos acceso a los datos sensibles. Su relación con el fenomenismo es evidente: sólo con negar la existencia de las cosas reales –cosa perfectamente compatible con la teoría– caemos de lleno en la doctrina de Berkeley. Por otro lado, las principales aportaciones de la teoría causal son la postulación de un nexo causal en la percepción y la reivindicación de la experiencia como algo esencial al fenómeno perceptivo. Su defecto más notable es la reificación de la experiencia, al crear un doble objeto, el interno –*sense data*– y el externo –la cosa-. Es, pues, una teoría que impide ver el mundo; aunque se fundamenta en el “realismo metafísico”, teoría que defiende la existencia del mundo de una determinada manera objetiva, con independencia de cómo nos aparece y de cualquier esquema conceptual. Es conocida la ob-

jeción de Putnam según la cual para clasificar los objetos y los hechos del mundo son necesarios los conceptos, que nunca son neutrales. Si bien hay un mundo, no parece posible decir cómo es desde una posición neutral. La misma física cuántica ha mostrado que los físicos crean modelos teóricos y matemáticos para explicar los fenómenos naturales y posibilitar las predicciones. Cosa bien distinta es poder describir el mundo tal como es en sí mismo. No obstante, los realistas indirectos, basándose en la introspección, la ilusión, etc., defienden el objeto interno o *sense data*. Hay, además, una forma ingenua y otra científica de realismo indirecto: en la primera, el objeto indirecto de aprehensión tiene propiedades del mismo tipo que las propiedades del objeto directo; en la segunda, el objeto indirecto (la cosa en sí) sólo tiene las propiedades primarias, mientras que las secundarias (sensoriales) son privativas del objeto directo.

Por su parte, el realismo directo considera que no tenemos más motivos para atribuir a las cosas cualidades primarias que secundarias. En su modalidad ingenua, defiende, con el sentido común, que vemos directamente las cosas materiales. Son las cosas las que aparecen, las que presentan una apariencia, y no las apariencias mismas. Los objetos no percibidos retienen las propiedades de todos los tipos que percibimos que tienen. Por su lado, el realismo científico directo afirma que la ciencia ha demostrado que los objetos físicos no retienen, cuando no son percibidos, todas las propiedades que parecen tener cuando los percibimos; recuperando, así, la distinción de Locke entre cualidades primarias y secundarias. Pero aceptar el carácter indirecto de la percepción supone volver al realismo indirecto. De hecho, el teórico causal suele ser un realista científicista que considera que la ciencia hace fotografías de la realidad y no meramente modelos explicativos.

Jonathan Dancy (1993),⁵ ha considerado que la forma ingenua es más atractiva que la forma científica del realismo

⁵ Dancy, 1993, cap. 10.

directo: en nuestra percepción del mundo, cualidades primarias y secundarias aparecen mezcladas. Y aunque la distinción fuese impecable, no es obvio que resulte accesible al realista directo; pues le acecha el peligro de acabar como realista indirecto, con sólo admitir un objeto intermediario. La forma ingenua también tiene sus problemas, pero éstos son comunes a la forma científica. La mayor dificultad global del realismo directo es que no es probable que tenga una explicación para el error perceptivo sin caer en el realismo indirecto. En último término, parecemos abocados a un empate técnico entre el realismo directo –basado en la fuerte intuición de que el mundo está abierto a la inspección directa– y el realismo indirecto, favorecido por la física, al apelar a la distinción entre cualidades primarias y secundarias. Eso sí, mientras que la forma ingenua de realismo directo es más sólida que la forma científica, la forma científica de realismo indirecto es más sólida que la ingenua.

La postulación de los *sense data* pretendía solucionar el problema del ataque escéptico, el argumento del error o ilusión. Así, la solución que hallaban algunos era postular que lo que percibimos no son las cosas mismas sino las ideas o datos sensibles que se presentan en nosotros; con lo que, aun sin corresponderse con nada en la realidad, no estamos engañados, pues los datos sensibles existen de veras (que yo lo percibo es verdad aunque no pueda saber si realmente existe, por decirlo *à la Descartes*). Pero con eso no ganamos nada, en realidad; más bien perdemos, pues nos adentramos en un conocimiento subjetivo e individual que difícilmente nos hará desembocar en un *conocimiento verdadero del mundo*, en un conocimiento objetivo, público y compartido de la realidad del mundo. De este modo, podemos rechazar los *sense data*, y con ello el fenomenismo y la teoría causal. Sin embargo, replicará el escéptico, el argumento del error sigue sin respuesta. Pero tampoco el realismo directo lo consigue. En general, las creencias perceptivas son aceptadas mientras no haya razones para dudar, pues tenemos una metarrazón: los órganos sensoriales, en condiciones normales de percepción, son un buen

mecanismo de adquisición de creencia. A pesar de todo, a veces la experiencia nos engaña y sólo podemos esperar a que condiciones más favorables en el futuro nos descubran el error.⁶

Un punto importante para el interés general que aquí nos guía es el hecho de que se haya cuestionado el papel de la filosofía en el estudio de la percepción. Sobre ello, cito la réplica de Dancy:

Los filósofos están interesados en cuestiones muy generales sobre la percepción. Estas son cuestiones sobre las que los psicólogos tienen, y están en la obligación de tener, sus propios puntos de vista. Estos puntos de vista generales tienen que estar de acuerdo con sus descubrimientos más específicos, por lo que no se debe esperar que los filósofos eludan el conocimiento de algunos de sus descubrimientos. Pero las cuestiones más generales pueden ser discutidas de propio derecho... (Dancy, 1993, p. 167).

En la última sección me referiré a las relaciones que guardan filosofía y psicología en el contexto de la propuesta de Quine de “naturalización de la epistemología”.

3. LA INDUCCIÓN EN EPISTEMOLOGÍA

Otra fuente de conocimiento, directamente relacionada con la percepción, es la inducción. Es, de las dos formas de razonamiento (el deductivo y el inductivo), la que descansa en la experiencia. La inducción es un proceso argumentativo que parte de unas premisas para llegar a una conclusión meramente *probable*, no demostrativa. El tipo más exitoso es el de la *inducción enumerativa por casos*.

David Hume realizó la evaluación más rigurosa de la inducción. En principio se pueden considerar dos alternativas: que la regularidad de la naturaleza sea una verdad *a priori* –previa a la experiencia– o que se tenga que probar *a posteriori*, recurrien-

⁶ Ver Blasco J. L. & Grimaltos, T., 2004, p. 130.

do a la experiencia (son términos que no usa Hume, pero que juzgo adecuados para explicar lo que quiere decir). Considera el escocés que la inducción es algo que depende de la experiencia, y así sólo la experiencia nos podría mostrar la regularidad de la naturaleza. Afirma Hume que “toda nuestra evidencia a favor de cualquier cuestión de hecho [de experiencia]... deriva enteramente de la relación de causa a efecto”. Toma, pues, la relación causa-efecto como paradigma de inducción y trata de demostrarla. ¿Qué apoyo tienen las afirmaciones que sólo se basan en la experiencia? Afirmar “cuando suelto la pelota que tengo en la mano, ésta caerá”, implica que: (a) siempre en el pasado ha sucedido así, y (b) que en el futuro siempre sucederá. Pero, ¿cuál es la conexión entre (a) y (b)? En nuestra experiencia no existe la experiencia de futuro; es, pues, un paso injustificable. ¿Hay una conexión necesaria entre la causa y el efecto? Hume sospecha que esto, filosóficamente, es una cuestión que no tiene solución —es decir, que es imposible de demostrar lógicamente—, y esta conclusión le arrastró a la duda escéptica. Sin embargo, en la práctica la inducción es necesaria y no tenemos más remedio que seguir usándola. El instinto natural del ser humano nos lleva a establecer por *hábito* o *costumbre* que algo sucederá igualmente en el futuro como sucedió en el pasado.

...no tenemos más idea de esta relación que la de dos objetos que a menudo han estado *juntos*; no tenemos ningún argumento para convencernos de que los objetos que, en nuestra experiencia, han estado a menudo juntos, se juntarán igualmente en otros casos y de la misma manera; y que sólo nos llevan a esta inferencia la costumbre o cierto instinto de nuestra naturaleza; que son de hecho difíciles de resistir, pero que, como otros instintos, pueden ser falaces y engañosos. (Hume, 1748, p. 127).

Considerar que el futuro será igual al pasado es aplicar la inducción para justificar la inducción misma, lo cual supone incurrir en una *petitio principii*. Con ello, prevalece la conclusión de Hume: la inducción no puede ser demostrada ni siquiera apelando a la experiencia (por eso mismo es inducción y no deducción); lo

cual no significa que sea irracional, pues su justificación proviene del hábito o costumbre.

La alternativa para no rechazar la inducción será su aceptación pragmática, pero postulando unas *reglas* que fijen qué evidencias cuentan y cuáles no a la hora de construir inducciones válidas, que habrá que extraer del análisis o investigación de los diferentes procedimientos inductivos. Como dice Nelson Goodman (1965),⁷ el problema es ahora el de “definir la diferencia entre predicciones válidas y no válidas”. Pero eso nos lleva a otros dos problemas estrechamente conectados: el problema de la evidencia y el problema de la proyectabilidad. Veámoslos ejemplificados en dos conocidas paradojas.

La “paradoja de los cuervos” de Carl Hempel quiere poner de relieve la necesidad de establecer unos criterios que delimiten aquella evidencia vinculante a una hipótesis que pretende ratificarse por inducción y aquella que no lo es. Hempel (1965),⁸ pone el caso de una hipótesis general H_1 : “Todos los cuervos son negros”, enunciado lógicamente equivalente a H_2 : “Todo aquello que es no negro no es un cuervo”. Así, necesariamente ambas han de ser verdaderas o ambas falsas, y toda evidencia a favor de H_2 lo es a favor de H_1 . Por lo cual, cualquier cosa que no fuese negra ni un cuervo sería evidencia a favor de que todos los cuervos son negros; afirmación altamente insostenible. Tendremos que buscar, pues, una solución.

Goodman (1965) aborda el problema de la proyectabilidad mediante la postulación del predicado *verdul*. Afirma que una cosa es *verdul*, si (1) ha sido examinada antes de un punto temporal t y es verde, \vee (2) es observada después de este punto temporal t y es azul. De esta manera, todo lo que es evidencia de que algo es verde confirma la hipótesis de que es *verdul*, ya que aún no hemos superado t . La predicción está confirmada por la evidencia

⁷ Goodman, N. (1965). *Fact, Fiction and Forecast*, p. 65. Cambridge Mass: Harvard U.P.

⁸ Hempel, 1965, cap. 1.

de que disponemos. Lo que pretende mostrar Goodman es que construyendo adecuadamente un predicado, podemos confirmar cualquier hipótesis. El problema es semejante al anterior; tenemos que poner restricciones en todos los casos si no queremos que la inducción enumerativa admita cualquier inferencia y, por lo tanto, carezca de utilidad.

Para responder a este tipo de problemas, puede ser apto el método hipotético-deductivo. La primera formulación se debe a Karl Popper, para quien no hay ninguna inferencia inductiva adecuada. Sostuvo que, de hecho, el método científico no es el inductivo, o inducción enumerativa. Utilizando la conocida distinción de Hans Reichenbach, la inducción se puede aplicar al *contexto de descubrimiento*, pero no al *contexto de justificación*. Aquél consiste en el modo en que el investigador ha llegado a su hipótesis, proceso psicológico irrelevante para un análisis lógico del conocimiento científico. Lo que hay que valorar es la racionalidad (si tenemos buenas razones) para admitir una hipótesis o no. Popper postuló el principio de *falsabilidad*; según el cual ninguna hipótesis científica puede ser confirmada por la experiencia (sino que permanece siempre como hipótesis), pero sí puede ser refutada o falsada; y, mientras no sean falsadas, han de ser aceptadas. Si después de ser sometida a experimentación no hay nada que false la hipótesis, ésta queda *corroborada*, así, para dar la explicación de algo, hay que refutar todas las hipótesis rivales menos una. Por su parte, Hempel ofreció una defensa posterior de este método, llamándolo explícitamente “método hipotético-deductivo”. Rechazada la “falacia de la afirmación del antecedente” [$p \rightarrow q, q \vdash p$] –pues la consecuencia de una hipótesis que resulte probada no confirma la hipótesis (ni tampoco ningún número particular de predicciones verdaderas; que en todo caso dan “cierta corroboración o confirmación parcial”)– sólo es susceptible de deducción la falsedad de la hipótesis, según el *modus tollens*, una inferencia deductiva [$p \rightarrow q, \neg q \vdash \neg p$]. De esta manera la conclusión de Hempel (igual que la de Popper) es que una hipótesis científica no puede ser nunca confirmada,

pero sí falsada, y la falta de falsación comporta su corroboración. Tenemos, como resultado, la aplicación de los principios de la deducción para dar cuenta de la inducción. No obstante, la permisividad en las inferencias sigue siendo excesiva; no se salvan las paradojas del propio Hempel y de Goodman, ya que cualquier caso de inducción enumerativa lo es, asimismo, de corroboración hipotético-deductiva.

Se precisa así de alguna otra teoría. Y, finalmente, encontramos la *inferencia de la mejor explicación* como el modelo de inducción más sólido de los propuestos hasta la fecha. La inferencia de la mejor explicación es el procedimiento de elección de hipótesis o teorías que mejor explica los datos disponibles. Según Gilbert Harman (1965), este tipo de inferencia desempeña un papel fundamental tanto en el pensamiento cotidiano como en el científico. La inferencia explicativa procede aplicando un doble filtro a las inferencias inductivas. Primero se buscan las hipótesis más probables y luego se escoge la que nos dé una mejor comprensión del hecho. Ha de ser probable y ha de explicarnos el *porqué*. Se vincula así inferencia y explicación, lo cual parece una ventaja clara. Además, aquellos que vindican este tipo de inferencia mantienen que la hipótesis que dé una mejor explicación es, a su vez, la más probablemente verdadera. La “inferencia de la mejor explicación” tiene un buen conjunto de ventajas respecto a los mecanismos anteriores. Permite ir hacia atrás y también hacer generalizaciones y proyecciones, objeto de la inducción enumerativa. Con él, se excluyen las generalizaciones que nos aparecen como claramente inadecuadas y que con la simple inducción enumerativa no podíamos rechazar; nos posibilita, además, el dar cuenta tanto del contexto de justificación como del contexto de descubrimiento –del que no podía dar cuenta el método hipotético-deductivo–, por medio del filtraje, que concuerda con el doble contexto. (Recordemos que el contexto de descubrimiento consistía en escoger explicaciones que resulten probables, mientras que el de justificación escogía la mejor de entre las probables.) Asimismo, y a diferencia del método

hipotético-deductivo, es útil para proponer las posibles hipótesis a inferir y no sólo para corroborar hipótesis. Cabe remarcar que esta atención al contexto de descubrimiento es especialmente relevante desde el punto de vista de la psicología.

Pero su principal defensa es que da solución a las paradojas de Hempel y de Goodman, consiguiendo un gran avance en el problema de la justificación de la inducción. Se evita que si p es la mejor explicación de un fenómeno, $p \wedge q$, si q es irrelevante al caso, no puede ayudar a mejorar la explicación, con lo cual escapamos a las corroboraciones de conjunciones arbitrarias. El predicado *verdul* pierde su sentido, pues se trata de una propiedad disyuntiva, cuyos elementos no guardan conexión alguna, ni causal ni explicativa –fundamento, por otro lado, de este contraejemplo a la inducción enumerativa–, y sólo uno de sus elementos está incluido en la muestra de la inferencia. Así, *verdul* no puede ser un efecto, ya que una causa no puede producir el efecto $p \vee q$ (sólo uno u otro). Evitar la paradoja de los cuervos con la inferencia de la mejor explicación es sencillo, ni una hipótesis A ni su contraposición A' , que no tienen ninguna conexión con un enunciado B , no pueden contar como explicación de B , y B no puede ser evidencia en favor de A . Así, hay casos contrapuestos que pueden constituir evidencia y otros que no. Faltaría, finalmente, un criterio para determinar cuándo lo hace. Lipton (1991) afirma que un caso contrapuesto sólo provee apoyo cuando se sabe que tiene “una historia similar a un caso directo y si no es el caso que ya se sabe que la ausencia del efecto es debida a alguna causa interpuesta”. Hemos de poder ver algún tipo de conexión.

Así, *la inferencia de la mejor explicación* parece ser el procedimiento más adecuado para las inferencias inductivas, y puede aún apoyarse en otras posiciones epistemológicas. En concreto, la “inferencia de la mejor explicación” descansa en la coherencia del conjunto del conocimiento; con lo que parece estar muy bien avenida con el coherentismo. Dancy (1993) afirma que las cuestiones sobre la inducción, “que parecen constituir casi por completo nuestro paradigma de conducta racional, son cuestiones

que se formulan y deciden en el seno de nuestra visión del mundo. Hay que admitir que no pueden justificarse desde el exterior” (p. 240).⁹ Pero tampoco lo necesitamos. Podemos simplemente reivindicar, con Wittgenstein, la inducción como práctica; sólo en el interior de la práctica misma puede o no estar justificada. Con esto ahuyentamos al escéptico.

4. ¿NATURALIZAMOS DE LA EPISTEMOLOGÍA?

Repasemos lo que hemos visto. Empezamos viendo cómo la percepción adquiriría su primacía como origen del conocimiento, por lo que teníamos que establecer una teoría de la percepción que nos permitiera alcanzar una información perceptiva sólida, desde la que poner en marcha el proceso cognitivo. Luego, la inducción nos permitía aumentar nuestro conocimiento mediante la extracción de conclusiones a partir de casos perceptivos que guardaban alguna conexión, pero era necesario un criterio estricto para no hacer de la inducción un mecanismo superfluo. En ambos casos (percepción e inducción) teníamos que justificar su propia condición de posibilidad –puesta en duda siempre por el escéptico– y, a continuación, buscar la teoría más ventajosa. Consideramos que, en cuanto a la percepción, el realismo directo ingenuo o de sentido común era el más adecuado para dar cuenta del proceso perceptivo sin alejarnos de la experiencia que tenemos cuando percibimos; reconociendo su falibilidad. Por otro lado, en relación a la inducción, la “inferencia de la mejor explicación” era la que constituía un tipo de inducción más riguroso en la admisión de evidencia, sin excluir lo válido.

Para terminar, me referiré, como avancé, a la cuestión de la naturalización de la epistemología. Es conocida la propuesta que hiciera W.V.O. Quine de naturalizar la epistemología, esto es, de convertirla en una disciplina científica que diese cuenta del conocimiento de manera descriptiva. De este modo, la epistemo-

⁹ Dancy, 1993, p. 240.

logía sería un *capítulo* de la psicología (o de la neurobiología, o de la teoría de la evolución, en otras propuestas). Sin embargo, esta idea de naturalizar la epistemología se enfrenta a importantes problemas. En concreto, ha sido acusada de no dar cabida a las cuestiones de justificación y normatividad, que tradicionalmente han centrado la atención de los epistemólogos; o de caer en la circularidad, si pretende establecer normas desde el interior mismo de la práctica científica. Algunos naturalistas responden con una reformulación de las cuestiones normativas en términos descriptivos (Por ejemplo, “¿nos da la experiencia sensorial buenas razones para tener creencias sobre el mundo externo?”, se reformularía en: “¿cómo la experiencia sensorial causa de hecho en nosotros la creencia sobre el mundo externo?”), o simplemente rechazan la relevancia de estos problemas. En todo caso, defienden que la tarea más importante de la epistemología es la descripción del proceso cognitivo.

Parece que hay dos maneras principales en que se puede entender la relación entre la epistemología naturalizada y la epistemología tradicional o normativa. El modo más natural sería considerar que la primera constituye un programa completo alternativo que viene a suceder a la segunda. Ambas tendrían los mismos intereses y ofrecerían soluciones en conflicto a problemas similares. Sin embargo, la epistemología científica no se ocuparía ya de las cuestiones normativas, pues las juzga irrelevantes, o imposibles de responder en los términos tradicionales, o sin interés. Parece que ésta sería la posición original de Quine (1960), aunque fue moderándola a raíz de las críticas recibidas, hasta acabar queriendo incluir las cuestiones tradicionales de la justificación.¹⁰

Pero la epistemología naturalizada puede también ser vista como complementaria de la epistemología normativa. En esta interpretación, el interés de la segunda permanecería en los problemas de la justificación, mientras que la epistemología

¹⁰ Ver Quine 1961 y 1969.

naturalizada la complementaría con una explicación psicológica genética del origen del conocimiento humano. Pero esto último es algo que, por un lado, ya realiza la psicología y, por el otro, se aleja de las cuestiones que tradicionalmente han preocupado a los epistemólogos: la justificación, la normatividad o la respuesta al reto escéptico.

Cabe concluir, pues, que la epistemología tiene su papel particular en el estudio del conocimiento, más allá de sus conexiones con la psicología (y la neurología y la biología). La teoría del conocimiento posee una dimensión normativa, en la línea de una reflexión de la razón sobre ella misma, que es exterior al conocimiento científico mismo y a la mera descripción. Alternativamente, y en una interpretación amplia, la epistemología naturalizada se caracterizaría por su insistencia en la estrecha relación entre la epistemología y las prácticas y descubrimientos científicos, y en la necesidad ineludible del trabajo conjunto. Este último tipo de epistemología *naturalizada* es el que aquí se ha tomado como presupuesto.¹¹

REFERENCIAS

- Alston, W. (1989). *Epistemic Justification. Essays in the Theory of Knowledge*. Ithaca: Cornell University Press.
- Ayer, A. J. (1940). *Foundations of Empirical Knowledge*. Londres: MacMillan.
- Berkeley, G. (1710/1982). *Tratado sobre los principios del entendimiento humano*. Madrid: Gredos.
- Blasco, J. L. & Grimaltos, T. (2004). *Teoría del conocimiento*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.

¹¹ En el modo de ordenar el desarrollo de los diferentes problemas tratados he seguido principalmente a Blasco & Grimaltos (2004) -con quienes estoy de acuerdo en lo fundamental- y también a Dancy (1993). Recomiendo encarecidamente el primer libro, que es sin duda el mejor manual de la materia en el área hispánica. En la bibliografía, además de las fuentes citadas, se enumeran las compilaciones y monografías recientes más destacadas. Agradezco a Tobies Grimaltos su lectura del manuscrito y sugerencias.

- BonJour, L. (1985). *The Structure of Empirical Knowledge*. Cambridge: Harvard U.P.
- BonJour, L. & Sosa, E. (2003). *Epistemic Justification. Internalism vs. Externalism, Foundations vs. Virtues*. Malden, Mass: Blackwell.
- Chisholm, R. (1989). *Theory of Knowledge* (3rd. ed.). Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Dancy, J. (1993/1995). *Introduction to Contemporary Epistemology*. Madrid: Tecnos.
- Dretske, F. (1981). *Knowledge and the Flow of Information*. Cambridge: MIT Press.
- Goldman, A. (1986). *Epistemology and Cognition*. Cambridge: Harvard U.P.
- Greco, J. & Sosa, E. (eds.). (1999). *The Blackwell Guide to Epistemology*. Oxford: Blackwell.
- Goodman, N. (1965). *Fact, Fiction, and Forecast*. Cambridge, Mass.: Harvard U.P.
- Haack, S. (1993). *Evidence and Inquiry: Towards Reconstruction in Epistemology*. Cambridge, MA: Blackwell Publishers.
- Harman, G.H. (1965). The inference to the best explanation. *Philosophical Review* 74 (1), pp. 88-95.
- Hempel, C. (1965). *Aspects of Scientific Explanation*. New York: Free Press.
- Hume, D. (1740/1981). *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid: Editora Nacional.
- Hume, D. (1748). *Investigación sobre el entendimiento humano*. Madrid: Alianza.
- Kim, J. (1988). What is 'Naturalized Epistemology'? In Tomberlin, J. E., ed. *Philosophical Perspectives, 2. Epistemology*. (pp. 381-405). CA: Ridgeview Publishing Co.
- Kornblith, H. (2001). *Epistemology: Internalism and Externalism*. Malden (MA): Blackwell. Oxford University Press.
- Kornblith, H. (ed.). (1985). *Naturalizing Epistemology*. Cambridge: MIT Press.
- Lehrer, K. (1990). *Theory of Knowledge*. Boulder: Westview Press.
- Lipton, P. (1991). *Inference to the Best Explanation*, London: Routledge.
- Locke, J. (1690/1956). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Fondo de Cultura Económica (F.C.E.).
- Nozick, R. (1981). *Philosophical Explanations*. Cambridge: Harvard UP.

- Peirce, C.S. (1960). *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, ed. C. Hartshorne and P. Weiss. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Plantinga, A. (1993). *Warrant: The Current Debate*. Oxford: Oxford University Press.
- Pollock, J. (1986). *Contemporary Theories of Knowledge*. Totowa: Rowman and Littlefield.
- Popper, K. (1959/1962). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
- Putnam, H. (1981/1994). *Reason, Truth, and History*. Trad. al castellano. Madrid: Tecnos.
- Quine, W. V. (1960). *Word and Object*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Quine, W. V. (1961). *From a Logical Point of View* (2nd ed.). Cambridge, MA: Harvard U.P.
- Quine, W. V. (1969). *Ontological Relativity and Other Essays*. New York: Columbia U.P.
- Sosa, E. (1991). *Knowledge in Perspective. Selected Essays in Epistemology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sosa, E. (1992). *Conocimiento y virtud intelectual*. México: UNAM-FCE.
- Steup, M. (1996). *An Introduction to Contemporary Epistemology*. Upper Saddle River: Prentice Hall.
- Steup, M. & Sosa, E. (eds). (2005). *Contemporary Debates in Epistemology*. Malden (MA): Blackwell.
- Stroud, B. (1984). *The Significance of Skepticism*. Oxford: Clarendon Press.
- Williamson, T. (2000). *Knowledge and its Limits*. Oxford: Oxford UP.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona/México: Crítica / UNAM.